

grado vencer antes de la llegada de Menou.

En la mañana del 13 de marzo (22 de ventoso) se presentaron los ingleses distribuidos en tres cuerpos: el que marchaba á su izquierda, seguía la margen del lago Madiéh, amenazando la cabeza del dique y apoyado por las lanchas cañoneras; el de en medio avanzaba en la forma de un cuadro, llevando batallones en columna cerrada sobre sus flancos á fin de resistir á la caballería francesa, que los ingleses temían mucho; el que formaba su derecha costeaba el mar apoyado como el primero por las lanchas cañoneras.

El cuerpo destinado á apoderarse de la cabeza del dique se había adelantado á los otros dos. Viendo Lanusse el ala izquierda de los ingleses aventurada á lo largo del lago, no resistió el deseo de precipitarla en él, y cometió la torpeza de descender de las alturas para alcanzarla; pero al mismo tiempo el formidable cuadro del centro, oculto al principio por los médanos de arena, se mostró de repente mas allá de estos médanos que había salvado. Lanusse entonces obligado á distraerse de su objeto, marchó derecho contra este cuadro que estaba precedido á cierta distancia por una primera línea de infantería. Envió delante al 22 de cazadores que se precipitó al galope sobre aquella línea de infantería, la cortó en dos mitades y obligó á rendir las armas á dos batallones. El 4.º de ligeros, avanzando para sostener al 22.º, acabó este primer triunfo. Entre tanto el cuadro que había llegado á tiro de fusil, comenzó aquellos fuegos de mosquetería tan bien nutridos, con que tanto había ya sufrido nuestro ejército en el desembarco de Abukir, El 18 de ligeros acudió,

pero fue recibido por descargas mortíferas que introdujeron algun desorden en sus filas. En aquel momento se veía avanzar al cuerpo inglés de la derecha, que abandonaba la orilla del mar, para venir á apoyar el centro. Entonces Lanusse, que no tenía mas que el 69 para proteger al 18, mandó la retirada temiendo empeñar un combate demasiado desigual. Friant por su parte, sorprendido de ver á Lanusse bajar al llano, bajó también á él para apoyarle, y se dirigió á la cabeza del dique contra la izquierda de los ingleses. Hacia ya demasiado tiempo que sufría un fuego muy vivo al que contestaba con un fuego igual, cuando observó la retirada de su colega. Retiróse entonces también para no tener que luchar solo con el ejército inglés. Despues de esta breve escaramuza, se retiraron ambos á sus posiciones que tan torpemente habían abandonado.

Esto no era mas que un verdadero reconocimiento, pero muy superfluo, y que se debía haber ahorrado al ejército, porque de aqui resultaba una nueva pérdida de quinientos á seiscientos hombres; pérdida muy sensible, puesto que no teníamos como los ingleses, el medio de recibir refuerzos, y estábamos reducidos á combatir con cuerpos de cinco á seis mil soldados. Si las pérdidas de los ingleses hubieran podido ser una indemnización suficiente de las nuestras, eran bastante grandes para satisfacerlos, puesto que habían tenido de mil trescientos á mil cuatrocientos hombres fuera de combate.

Se resolvió esperar á Menou, el cual se había al fin decidido á dirigir el ejército sobre Alejandria, mandando al general Rampon que saliera de

Damieta y se trasladará á Ramanieh, y llevando el consigo la masa principal de sus fuerzas. Sin embargo, quedaban todavía en la provincia de Damieta, en las cercanías de Belbeis y de Salahie, en el mismo Cairo y en el Alto Egipto, algunas tropas que no eran tan útiles en los puestos en que se las dejaba, como lo habrían sido delante de Alejandria. Si Menou hubiese hecho evacuar el Alto Egipto confiándolo á Murat-Bey, y hubiese abandonado la ciudad del Cairo, muy poco dispuesta á sublevarse, á los soldados de los depósitos, habría tenido dos mil hombres mas que poder presentar al enemigo. Semejante aumento de fuerzas no era ciertamente de despreciar, porque lo que ante todas cosas urgía, era vencer á los ingleses. Los egipcios, agenos en aquel momento á toda idea de rebelion, no merecian las precauciones que contra ellos se tomaban, ni podian infundir serios temores sino cuando los franceses fueran decididamente batidos.

Al llegar Menou á Ramanieh, conoció toda la gravedad del peligro. El general Friant habia enviado delante de él dos regimientos de caballeria. Este general pensaba con razon, que encerrado por algunos dias dentro de los muros de Alejandria, no tenia gran necesidad de aquellos regimientos, y que por el contrario serian muy útiles á Menou para despejar su marcha.

Este se vió obligado á dar largos rodeos, en el mismo alveo del lago Mareotis, para ganar la playa de Alejandria. Lo consiguió no obstante con algun trabajo, sobre todo para su artilleria. Las tropas llegaron los dias 19 y 20 de marzo (28 y 29 de ventoso), y él llegó el 19, pudiendo conocer con

sus propios ojos cuán grande era la falta de haber dejado tomar tierra á los ingleses, los cuales habian recibido algunos refuerzos y mucho material; habianse establecido sobre las mismas alturas arenosas que Lanusse, y Friant ocupaban el 13 de marzo; y por último habian ejecutado trabajos de campaña y establecido baterias de cañones de grueso calibre. Por tanto era muy difícil arrancarlos estas posiciones.

Por otra parte, los ingleses eran muy superiores á nosotros en número, pues contaban de diez y siete á diez y ocho mil hombres cuando nosotros teniamos menos de diez mil. Friant y Lanusse, desde la batalla del 22, apenas tenian dos mil y quinientos en estado de combatir; Menou tenia á lo sumo cinco mil. Por consiguiente no habia diez mil hombres que poder oponer á los diez y ocho mil establecidos en una posicion atrincherada. Todas las probabilidades que se hubieran tenido en favor del primero y segundo encuentro se tenian ahora en contra. Sin embargo, la resolucion mas natural era combatir. Despues de haber tratado efectivamente de arrojar los ingleses á la mar; primero con mil quinientos hombres y despues con cinco mil, hubiera sido extraordinario no intentarlo, cuando se contaba con diez mil, que eran los que sobre poco mas o menos podrian reunirse en un mismo punto.

Preciso es no desconocer que se podia haber tomado otro partido, y mejor sobre todo si se hubiese tomado antes del desembarco y antes del inútil combate dado por los generales Lanusse y Friant: consistia este partido en dejar á los ingleses en el callejon sin salida que ocupaban; hacer

rápidamente al rededor de Alejandria trabajos de fortificacion que hicieran difícil el ataque; confiar su guardia á los marinos y á los hombres de los depósitos, reforzados por un cuerpo de dos mil buenos soldados, sacados de las tropas activas; evacuar en seguida todos los puestos, excepto el Cairo, donde se hubieran dejado tres mil hombres de guarnicion, teniendo por reducto á la ciudadela; despues, sostener la campaña con el resto del ejército, es decir, con nueve ó diez mil hombres, con el objeto de arrojarse sobre los turcos, si penetraban por la Siria, ó sobre los ingleses, si querian dar un paso por el interior, por los diques estrechos que atravesaban el Bajo Egipto. Les llevábamos la ventaja de reunir todas las armas, caballeria, artilleria é infanteria, y tener el goce esclusivo de los viveres del pais; por tanto, hubiera sido fácil bloquearlos y aun obligarles á un reembarque. Pero para esto se necesitaba un general mas hábil que Menou, y mas versado que él en el arte de mover las tropas. Se necesitaba en fin un gefe diferente de él, que teniendo todas las probabilidades en su favor al principio de la campaña, se habia conducido de tal manera que en la actualidad las tenia todas en contra.

Sin embargo, atacar á los ingleses desembarcados, era en aquel momento una resolucion natural y consecuente con todo lo que se habia hecho desde que se abrió la campaña. Pero una vez resuelto á hacer el último esfuerzo era preciso intentarlo lo mas pronto posible, á fin de no dar á los turcos, que venian de la Siria, tiempo para estrecharnos de demasiado cerca.

Para dar la batalla era necesario convenir en

un plan. Menou era incapaz de concebirlo, y no se hallaba con sus generales en relaciones que le hicieran fácil el recurrir á sus consejos. Sin embargo, el gefe de estado mayor Lagrange pidió un plan á Lanusse y á Reynier, que lo redactaron en comun y lo enviaron á la aprobacion de Menou. Este lo adoptó casi maquinalmente.

Los dos ejércitos estaban en presencia el uno del otro, ocupando aquel banco de arena que tenia una legua de latitud y quince ó diez y ocho de longitud, sobre el cual habian desembarcado los ingleses. El ejército francés estaba delante de Alejandria, sobre un terreno bastante elevado. En frente de él se estendia una llanura arenosa, y de trecho en trecho médanos que el enemigo habia atrincherado cuidadosamente de modo que formaba una cadena continua de posiciones desde la mar hasta el lago Mareotis. A nuestra izquierda, precisamente, contiguo á la mar, se veia un antiguo campo romano, especie de edificio cuadrado, todavia intacto, y un poco mas adelante de este campo un médano de arena sobre el cual habian construido los ingleses una fortificacion. Aqui es donde habian establecido su derecha bajo los fuegos de este fuerte y de una division de lanchas cañoneras. En medio de el campo de batalla, á distancia igual del mar y del lago Mareotis, se hallaba otro médano de arena, mas alto, mas estenso que el precedente y coronado de trincheras, y del cual habian hecho los ingleses el apoyo de su centro. Finalmente, á nuestra derecha y del lado de los lagos, el terreno que formaba una pendiente suave, terminaba en la cabeza del dique, por el cual pocos dias antes se habia combatido.

Los ingleses apoyaban allí su izquierda, protegida como lo estaba su derecha, por una division de lanchas cañoneras, introducidas en el lago Mareotis. Este frente de ataque presentaba, en su conjunto, una estension de cerca de una legua, y se hallaba protegido por gruesa artilleria que se había arrastrado á brazo y defendido por parte del ejército inglés: pero el grueso de este ejército se hallaba en batalla formando dos líneas detras de las fortificaciones.

Se acordó que nuestras tropas se pondrian en marcha en la madrugada del 21 de marzo (30 de ventoso) antes de amanecer, á fin de ocultar mejor nuestros movimientos y estar menos espuestos al fuego de las trincheras enemigas. La intencion de los generales franceses era tomar por asalto las trincheras, y atacar en seguida de frente al ejército inglés colocado á retaguardia en orden de batalla. Por tanto, nuestra izquierda mandada por Lanusse, debia marchar en dos columnas contra el ala derecha de los ingleses, apoyada en el mar. La primera de estas dos columnas debia atacar directamente y á la carrera la fortificacion trazada sobre un médano, delante del campo romano. La segunda, pasando rápidamente entre esta fortificacion y el mar, debia asaltar y apoderarse del campo romano. El centro de nuestro ejército, mandado por el general Rampon, tenia orden de pasar entre el campo romano y el gran reducto de el medio, y atacar al ejército inglés mas allá de las fortificaciones. Nuestra ala derecha, compuesta de las divisiones de Reynier y Friant, pero mandada por Reynier, tenia la orden de desplegarse en el llano á la derecha y fingir allí un

gran ataque hacia el lago Mareotis, para persuadir de que el verdadero peligro estaba por este lado. A fin de confirmarlos en esta idea, debian los dromedarios siguiendo el fondo del lago Mareotis, hacer una tentativa sobre la cabeza del dique, y se esperaba que esta diversion haria mas fácil el brusco ataque que por la parte del mar pensaba hacer Lanusse.

El 21 antes de amanecer (30 de ventoso), se pusieron en marcha, ejecutando los dromedarios puntualmente lo que se les habia prescripto. Atravesaron rápidamente las partes secas del lago Mareotis, echaron pie á tierra delante de la cabeza del dique, se apoderaron de los reductos, y volvieron la artilleria contra el enemigo. Esto bastaba para enganar la atencion de los ingleses, y atraerla hácia el lago Mareotis. Pero para ejecutar con buen éxito el plan convenido por el lado de la mar, hubiera sido necesaria una precision difícil de obtener, cuando se trabaja de noche, y mucho mas difícil, cuando no hay para dirigir los movimientos, un jefe único, que calcule exactamente el tiempo y las circunstancias.

Maniobrando la division de Lanusse en la obscuridad, avanzó sin orden, y tropezó frecuentemente con nuestras tropas del centro. La primera columna, mandada por el general Sillys, marchó resueltamente sobre el reducto que estaba colocado delante del campo romano. Lanusse la dirigió en persona, y la condujo contra el mismo reducto pero observó de repente que la segunda columna habia equivocado el camino, y que en vez de costear el mar para asaltar el campo romano, se aproximaba demasiado á la primera. Corrió

hacia ella para volverla á su verdadero camino. Por desgracia cayó herido mortalmente en una pierna; funesto acontecimiento que iba á producir deplorables consecuencias! Arrebatado tan repentinamente á sus tropas este bravo y activo oficial, natural era que se debilitase el ataque. El día que comenzaban á apuntar, indicaba á los ingleses el punto á donde debían dirigir sus golpes. Nuestros soldados, acometidos á la vez por el fuego de las lanchas cañoneras, del campo romano y de los reductos, mostraron una constancia admirable. Pero bien pronto, hallándose heridos todos sus oficiales superiores, quedaron sin dirección, y se replegaron detrás de unos montecillos de arena, apenas suficientes para cubrirlos. Durante este tiempo, la primera columna, que Lanusse había abandonado para correr hacia la segunda, acababa de apoderarse de la primera estrella del reducto situado sobre una eminencia á la derecha. En seguida marchó directamente sobre el cuerpo de la fortificación, pero nada adelantó en su ataque de frente, y se volvió para atacar por el flanco. El centro del ejército mandado por Rampon, viendo el conflicto de aquella columna, se separó también de su objeto para secundarla. La 32.^a media brigada, destacada del centro, vino á acometer el fatal reducto. Este concurso de esfuerzos produjo una especie de confusión, se empeñaron en vencer este obstáculo, y la brusca operación que debía consistir en apoderarse repentinamente de la línea de las fortificaciones, se cambió en un ataque largo y obstinado, que hizo perder un tiempo precioso. La 21.^a media brigada que pertenecía al centro, dejando á la 32.^a ocupada delante del reducto

tan vivamente disputado, ejecutó sola el plan proyectado, pasó mas allá de la línea de las trincheras, y vino á desplegarse atrevidamente en frente del ejército inglés. Sufrió y devolvió un fuego horroroso. Pero era preciso sostenerla, y Menou, incapaz de mandar durante este tiempo, se paseaba por el campo de batalla, nada mandaba dejando á Reynier desplegar sus fuerzas inutilmente en la llanura.

Entonces aconsejaron á Menou que diese con la caballería, que constaba de mil doscientos caballos y era de un valor incomparable, una carga sobre la masa de la infantería inglesa, á la que la 21.^a había venido sola á hacer frente. Acogiendo Menou este consejo mandó dar la carga. El valiente general Roize se pone inmediatamente á la cabeza de aquellos mil doscientos caballos, atraviesa rápidamente el desfiladero formado á derecha é izquierda por los reductos que nuestra infantería atacaba inutilmente, desemboca mas allá, encuentra á la 21.^a media brigada empeñada en una refriega con los ingleses, y cae impetuosamente sobre ellos. Esta caballería heroica salvó primero un foso que la separaba del enemigo, en seguida se lanza con ardor sobre la primera línea de la infantería inglesa, la desordena y acuchilla gran número de infantes y la obliga de este modo á retroceder. Si Menou en aquel momento ó bien Reynier supliendo á su jefe, hubiese llevado á nuestra ala derecha para apoyar nuestra caballería, el centro del ejército inglés arrollado y arrastrado mas allá de las fortificaciones, nos habría dejado asegurada la victoria, cayendo en nuestras manos las fortificacio-

nes aisladas y separadas de todo apoyo. Pero nada de esto hizo. La caballería francesa después de haber desecho la primera línea enemiga, viendo que quedaban todavía otras líneas, y no teniendo más que la 21.^a media brigada por apoyo, tocó retirada pasando bajo el fuego mortífero de los reductos.

Desde aquel momento, no podía tener ya resultado alguno la batalla. La izquierda, privada de todo vigor desde la muerte de su general, hacía un fuego inútil sobre las posiciones atrincheradas, que se lo devolvían más mortífero. La derecha desplegada en el llano, cerca del lago Mareotis para hacer una diversión que no tenía ya objeto, desde que la refriega haciéndose general había fijado á cada uno en su posición, la derecha no prestaba servicio alguno. Sin duda un general vigoroso, que la hubiera rechazado sobre el centro, y que renovando con ella el ataque del general Roize, hubiese intentado hacer una segunda irrupción sobre el grueso de los ingleses, acaso habría cambiado el destino de la batalla: pero el general Menou no mandaba, y Reynier, que hubiera podido en aquella ocasión tomar la iniciativa que tan frecuentemente tomaba fuera de sazón en los asuntos civiles, Reynier se limitaba á quejarse de no recibir dirección del general en jefe. En esta situación, la única cosa que se podía hacer era retirarse. Menou dió el orden, y las divisiones se replegaron con la mayor y serenidad, pero sufriendo nuevas pérdidas por el fuego de las fortificaciones.

¡Qué espectáculo tan horrible es la guerra cuando la vida de los hombres, cuando la suer-

te de los estados se confían de ese modo á gefes incapaces ó divididos, y cuando la sangre corre, á proporcion de la ineptitud, ó de la mala voluntad de los que mandan! Aun cuando no se podía decir que la batalla estuviese perdida, no habiendo avanzado el enemigo un solo paso, lo estaba sin embargo desde que no se ganaba completamente, pues hubiera sido necesario ganarla completamente, para llevar á los ingleses hacia Abukir y obligarlos á reembarcarse. Las pérdidas eran grandes por ambas partes. Los ingleses habían tenido cerca de dos mil hombres fuera de combate, y entre otros al bravo general Abercromby, trasladado moribundo á bordo de la escuadra. La pérdida de los franceses era poco más ó menos la misma, pues colocados durante todo un día bajo un fuego sostenido de frente y de flanco, habían tenido que sufrir mucho. Las tropas habían mostrado una calma poco común. El arrojó de la caballería había llenado de sorpresa y admiración á los ingleses. El número de oficiales y generales heridos en el combate era extraordinario. Los generales Lanusse, Roize habían muerto; el general de brigada Lillo, comandante de una de las columnas de Lanusse, había perdido una pierna; el general Bauldot estaba herido tan gravemente que no dejaba esperanza alguna. El general Destani lo estaba también de alguna consideración. Rampon había sacado sus vestidos acribillados de balas.

El efecto moral era todavía más lastimoso que la pérdida material. Ninguna esperanza quedaba de obligar al enemigo á reembarcarse. Nuestras tropas iban á tener que luchar, no solo con los

ingleses desembarcados en Alejandria sino tambien con los turcos procedentes de Siria, con el capitán-baja que mandaba la escuadra turca y se disponia á echar en tierra seis mil albaneses por la parte de Abukir; en fin con seis mil cipayos traídos de la India por el mar Rojo, y dispuestos á desembarcar en Cosseir sobre las costas del Alto Egipto. ¿Qué se debia hacer en medio de tantos enemigos, con un ejército cuyo valor sin duda era el mismo en la lucha, pero que cuando los asuntos de la colonia iban mal, estaba siempre dispuesto á decir, que la expedicion habia sido una brillante locura, y que se le sacrificaba inutilmente á una pura quimera?

En las tres acciones del 8, 13 y 21 de marzo habia habido cerca de tres mil quinientos hombres fuera de combate, de los cuales una tercera parte habian caído muertos, otra tercera parte habian sido gravemente heridos y otra en fin se hallaba incapaz de entrar en filas antes de algunas semanas. Aunque el ejército estubiese muy debilitado, se podia aun entonces como al principio de la campaña maniobrar rápidamente entre los diferentes cuerpos enemigos que trataban de reunirse, batir al visir si entraba por Siria, al capitán-baja si intentaba penetrar por Roseta y á los ingleses si querian caminar sobre los largos estrechos de tierra que comunican con el interior del Egipto. Pero los tres mil quinientos hombres que se habian perdido, hacian este plan mas difícil que nunca. Si se dejaban tres mil hombres en el Cairo dos ó tres mil en Alejandria apenas quedaban de siete á ocho mil hombres para maniobrar en campo raso, suponiendo que se reuniese todo lo

que habia disponible, y se evacuasen los puestos secundarios sin escepcion alguna. Con un general muy resuelto y muy habil, esto hubiera sido de un éxito incierto pero posible, ¿pero sucedia lo mismo con Menou y sus lugar-tenientes?

Quedaba, sin embargo, un recurso, que se anunciaba todos los dias y del cual nadie desesperaba. Este recurso era Ganteaume con sus buques y lastropas de desembarco que llevaba á su bordo. Cuatro mil hombres que llegasen en aquel momento podian salvar el Egipto. Habian enviado al almirante un aviso indicándole un punto de la costa de Africa, á veinte ó treinta leguas al Oeste de Alejandria, sobre el cual era posible desembarcar, lejos de la vista de los ingleses. Entonces se podian dejar tres mil hombres en Alejandria y reuniendo lo que habia de exceso en el Cairo, maniobrar con diez ú once mil hombres en campo raso.

Pero Ganteaume, aunque muy superior á Menou, no obraba mejor en las circunstancias presentes. Despues de haber reparado en Tolon las averías sufridas al dejar á Brest, habia salido de Tolon, como ya hemos visto, el 19 de marzo (28 de ventoso), entrando segunda vez á causa del encallamiento del navio *Constitucion*, y vuelto á salir el 22 de marzo (1.º de germinal). En aquel momento navegaba hácia la Cerdeña. Un soplo de viento favorable, una inspiracion atrevida, podian llevarle á las aguas de Egipto, pues habia burlado hábilmente al almirante Warren, tomando un rumbo falso, y se hallaba á la sazón á quince leguas del cabo Carlonara, punto estremo de la Cerdeña, dispuesto á penetrar en el canal que separa la Sicilia

del Africa. Desgraciadamente en la tarde del 26 de marzo (5 de germinal), uno de sus capitanes que mandaba el *Diez de Agosto*, en ausencia del capitán Bergeret, enfermo, tuvo la torpeza de abordar al *Indomable*; recibió considerable avería y causó otra no menos grave al buque abordado. Asustado Ganteaume de estas averías creyó no poder sostenerse mas tiempo en el mar, y volvió a entrar en Tolon el 5 de abril (15 de germinal), quince dias despues de la batalla de Canope.

Ignorábanse estos pormenores en Egipto, y á pesar del tiempo trascurrido quedaba todavia un resto de esperanza. A la vista de cualquiera vela acudian todos para averiguar si era Ganteaume. En semejante ansiedad, no se tomaba ningun partido, ni se hacia otra cosa que esperar en una inaccion funesta. Menou se ocupaba solamente en dirigir algunas fortificaciones al rededor de Alejandria para resistir á un ataque de los ingleses. Habia mandado evacuar el Alto Egipto y sacar de allí á la brigada de Donzelot, para reunir la en el Cairo, y habia trasladado algunas tropas de Alejandria á Ramanieh para vigilar los movimientos que se hicieran por la parte de Roseta. Para colmo de desgracia, Murat-Bey, cuya fidelidad habia sido siempre inalterable acababa de morir de la peste, y entregó sus mamelucos á Osman Bey, con el cual no se podia ya contar. La peste comenzaba á asolar el Cairo. Todo iba de mal en peor, y prometia un desenlace funesto. Los ingleses por su parte temiendo el ejército que tenían á la vista no querian aventurar nada, prefiriendo marchar lenta, pero seguramente. Esperaban sobre todo que sus aliados los turcos, de quienes

no poco desconfiaban, estuviesen en disposicion de secundarlos. Un mes hacia que habian desembarcado sin haber acometido otra empresa que la de tomar el fuerte de Abukir, el cual se habia defendido heróicamente, pero habia sucumbido bajo el horroroso fuego de sus bageles. En fin, hácia principios de abril (mediados de germinal), pensaron en salir de su inaccion y de esa especie de estado de bloqueo á que estaban reducidos. El coronel Spencer recibió orden de atravesar por mar la rada de Abukir é ir á desembarcar delante de Roseta con un cuerpo de unos mil ingleses y los seis mil albaneses del capitán bajá. Su intencion era abrirse así un paso en el interior del Delta, proporcionarse allí víveres frescos de que carecian, y proteger al visir que avanzaba al otro lado del Delta por la frontera de Siria. No habia en Roseta sino algunos centenares de franceses, los cuales no pudieron oponer resistencia alguna á aquella tentativa, y se replegaron volviendo á subir el Nilo. Reuniéronse en El-Ast, un poco mas allá de Ramanieh, á un pequeño cuerpo de tropas enviado de Alejandria. Componian este cuerpo el de 21.º ligeros y una compañía de artillería. Dueños los ingleses y turcos de una boca del Nilo, por donde podian recibir los víveres y teniendo libre entrada en el interior del Egipto, pensaron al fin en aprovecharse de sus triunfos, pero sin apresurarse demasiado, pues antes de avanzar esperaron mas de veinte dias. Para un enemigo pronto y avisado era esta una buena ocasion de batirlos. El general Hutchinson, sucesor de Abercromby, no se habia atrevido á desguarnecer el campamento que tenia delante de

Alejandro, contentándose con dirigir seis mil ingleses y seis mil turcos hácia Roseta, á pesar de haber recibido refuerzos que cubrian sus pérdidas, y ascender á veinte mil hombres las fuerzas que tenia disponibles. Si el general Menou, empleando bien su tiempo y consagrando el mes transcurrido en disponer al rededor de Alejandro los trabajos de defensa indispensables, hubiera buscado los medios de no dejar allí sino muy poca gente, si hubiese dirigido sobre Ramanieh cerca de seis mil hombres, y atraído sobre este punto todas las fuerzas que no fuesen necesarias en el Cairo, habria podido oponer de ocho á nueve mil combatientes á los ingleses que acababan de penetrar por Roseta. Esto bastaba para arrojarlos á las bocas del Nilo, para reanimar el espíritu del ejército, asegurar la sumision de los egipcios, retardar la marcha del visir, colocar á los ingleses en un verdadero estado de bloqueo sobre las playas de Alejandro, y fijar, en fin, la rueda de la fortuna. Esta ocasion fué la última, y aun cuando le aconsejaron que emprendiera este movimiento, tímido como siempre, no siguió mas que á medias el consejo que se le habia dado, puesto que envió el general Valentin á Ramanieh con un refuerzo que fué declarado insuficiente. Entonces envió otro con su gefe de estado mayor el general Lagrange. Todas estas fuerzas reunidas no componian mas de cuatro mil hombres. Pero no mandó bajar las tropas del Cairo, y el general Lagrange, aunque valiente oficial, no era capaz sin embargo de sostenerse con tales medios en presencia de seis mil ingleses y de seis mil turcos. Menou hubiera podido reunir allí ocho mil hombres por

lo menos con su mejor general, por medio de una concentracion de todas sus fuerzas y sacrificando siempre lo accesorio á lo principal.

El general Morand, que mandaba el primer destacamento dirigido sobre Roseta, se habia establecido en El-Aft, sobre las márgenes del Nilo, cerca de la villa de Foueh, en una posicion que presentaba algunas ventajas defensivas. Aquí es donde el general Lagrange vino á incorporarse á este destacamento. Los ingleses y los turcos dueños de Roseta y de la embocadura del Nilo, habian cubierto el rio con sus lanchas cañoneras, y bien pronto se apoderaron del pequeño puerto abierto Foueh; preciso fué replegarse sobre Ramanieh en la noche del 8 de mayo (18 de floreal). La situacion de Ramanieh no presentaba grandes ventajas defensivas, y no se podia equilibrar con la fuerza del lugar la superioridad numérica del enemigo. Sin embargo, si hubiera sido preciso oponer en alguna parte una resistencia desesperada, debia habersido en el mismo Ramanieh por que perdida esta posicion el cuerpo destacamento del general Lagrange se veria separado de Alejandro y obligado á replegarse sobre el Cairo. El ejército francés quedaba así cortado en dos mitades, una confinada en Alejandro y otra en el Cairo. Si cuando estaba reunido todo entero, no habia podido disputar el terreno á los ingleses, era muy imposible que dividido en dos les opusiese una eficaz resistencia. En este caso, no le quedaba mas recurso que el de firmar una capitulacion. La pérdida de Ramanieh era pues, la pérdida definitiva del Egipto. Menou escribió al general Lagrange que iba á llegar en su socorro con dos

mil hombres, lo que prueba que por lo menos podía disponer de este número. Habría en el Cairo sobre tres mil hombres, y por consiguiente podían reunirse hasta nueve mil, ó por lo menos ocho mil en Ramanieh. Entonces en campo raso, teniendo una excelente caballería y una buena artillería ligera, y con la resolución de vencer ó de morir, estaba asegurado el triunfo; pero Menou no se presentó, y Belliard que mandaba en el Cairo, no había recibido orden alguna. El general Lagrange á la cabeza de cuatro mil hombres, de que disponía, apoyaba su retaguardia en Ramanieh y en el Nilo que baña al paso las casas de aquel pueblo. En esta posición tenía á la espalda las lanchas cañoneras de los ingleses que ocupaban el río y lanzaban una granizada de balas en el campo de los franceses, y á su frente, en el llano, sin mas abrigo para cubrirse que algunas fortificaciones de campaña muy medianas, el grueso de los enemigos compuesto de turcos é ingleses. Estos presentaban una fuerza de cerca de doce mil hombres contra cuatro mil. El peligro era grande; sin embargo, valia mas combatir, y si nuestros soldados quedaban vencidos, entregarse prisioneros al llegar la noche, despues de haber luchado todo el día, que abandonar semejante posición sin haberla disputado. Cuatro mil hombres de tropas tan aguerridas como las nuestras, tenían todavía probabilidades de triunfo; pero el gefe de estado mayor de Menou, aunque muy adicto á las ideas de su general y á la conservación de la colonia, no meditando las consecuencias de aquella retirada, abandonó á Ramanieh el 10 de mayo (20 de floreal) por la tarde,

para dirigirse al Cairo á donde llegó la mañana del 14 (24 de floreal). Había perdido en Ramanieh un convoy de inmenso valor, y lo que era mas grave las comunicaciones del ejército.

Desde aquel día nada mas ocurrió en el Egipto digno de crítica y de interés, quedando bien pronto los hombres muy inferiores á si mismos con los reveses de la fortuna, y viéndose donde quiera la mas vergonzosa debilidad y la incapacidad mas deplorable. Cuando hablamos de los hombres, nos referimos solamente á los gefes; porque los soldados y los simples oficiales, siempre admirables en presencia del enemigo, estaban dispuestos á morir desde el primero hasta el último, y ni una sola vez se les vió faltar á su antigua gloria.

Así en el Cairo como en Alejandria no quedaba que hacer otra cosa sino capitular, ni podía desplegarse otro mérito que el de retardar la capitulación, y haciendo esto, se hacia bastante, porque frecuentemente, cuando al parecer no se defiende mas que el honor, se suele salvar en realidad al país. Prolongando Massena la defensa de Génova, había hecho posible la victoria de Marengo, y los generales que ocupaban el Cairo y Alejandria, haciendo durar una resistencia sin esperanza, podían secundar todavía con utilidad las graves negociaciones de Francia é Inglaterra. Verdad es que no lo sabían; y hé aqui por qué, cuando ignoramos los servicios que podemos prestar prolongando una defensa, conviene que escuchemos la voz del honor que nos manda resistir hasta el último estremo. De estos dos generales bloqueados, el mas desgraciado, por ser